

Muchos muros y pocos puentes

Tarabitas y cabuyas: la representación del puente en el arte en Colombia durante el siglo XIX

VERÓNICA URIBE HANABERGH
Ediciones Uniandes, Bogotá, 2016,
401 pp.

¿ACASO NO resulta paradójal el hecho de que lo más cercano sea lo más lejano y, recíprocamente, que lo más lejano se perciba o se sienta como lo más cercano? Ocurre entonces que no vemos o no sabemos estimar lo que está demasiado cerca, empezando por uno mismo. Es de mucho provecho internarse y salir del propio país para apreciarlo mejor, y salir de uno mismo, a través de la sensibilidad y los ojos de otro, para apreciarse mejor. La geografía de Colombia tiene rasgos específicos: un territorio extenso, desigual, quebrado, áspero y rugoso, que no facilita los desplazamientos y el transporte gracias a innumerables ríos y a tres cordilleras que la atraviesan de sur a norte con varios volcanes en sus cimas nevadas, y gracias a las selvas en Chocó y en la Amazonía; país renuente a la imprenta, que llega tardíamente a la Nueva Granada en comparación con Ciudad de México y Lima, y reacio a los extranjeros por su geografía y su clima equinoccial, y por el celo de los españoles, no fuera que otros les arrebataran la presa. Así las cosas, no sorprende que haya sido un territorio ignorado por mucho tiempo, hasta el sol de hoy, y que la incomunicación y el aislamiento hayan sido trazas características de la región.

He aquí una edición hecha con gracia y esmero por la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad de los Andes. Una tercera parte del libro es textual y dos terceras partes están compuestas de imágenes de puentes rudimentarios, tarabitas o garruchas más que todo, las cuales reproducen pinturas o grabados hechos en el siglo XIX por extranjeros, pioneros exploradores en Colombia desde Humboldt, y por pintores nacionales de la Comisión Corográfica de Agustín Codazzi, Manuel María Paz y Carmelo Fernández, entre otros, que,

junto con Manuel Ancízar y Santiago Pérez, geógrafos, se internaron hacia 1851 en una *terra incognita* y cruzaron ríos y barrancos por puentes toscos, tarabitas o gruesos troncos sobre ríos tormentosos en el Chocó, como se ve en la imagen que ilustra la acuarela de Manuel María Paz, *Camino para Nóvita en la montaña de Tamaná* (p. 179). Cada imagen va acompañada de una descripción hecha por el pintor mismo o por otro.

¿Colombia incomunicada? El coronel y diplomático inglés John Potter Hamilton viajó por el país entre 1823 y 1825, y publicó en 1827 *Travels through the Interior Provinces of Columbia*. Allí escribe:

Todas las mejoras y [los] medios de transporte fueron revisados por los antiguos españoles [,] puesto que evidentemente la política y el gran objetivo de la Corte de Madrid era que las diferentes provincias de estas extensas colonias del Nuevo Mundo tuviesen entre sí la menor comunicación posible, con el fin de mantenerlas en la ignorancia de su poderío y recursos (...). Confío en que la edad del barbarismo haya terminado al fin y [en] que antes de algunos años el viajero y el comerciante puedan atravesar este vasto continente desde el Atlántico hasta el Pacífico con facilidad. La naturaleza ha contribuido con su parte [a] la realización de este fin, pues ningún país posee tan buenos ríos navegables como los de Sur América. (citado por Verónica Uribe, pp. 105-106)

Como aplicado a Colombia, es la cita de sir Isaac Newton, epígrafe a la introducción del libro, “Los hombres construimos demasiados muros y no suficientes puentes”.

Así las cosas, en el siglo XIX, el país fue explorado, observado y pintado como nación por extranjeros, más que todo, que son la mayoría de los autores de las 139 pinturas, bocetos y grabados, y que forman un buen número en la bibliografía citada. En este siglo, de acuerdo a la autora, foráneos y nacionales pintaron bajo la influencia de Humboldt, que traía consigo de Europa las concepciones de *paisajismo* y de lo *sublime*. Alexander von Humboldt llegó a Colombia en

1801, dibujó y describió, con un entusiasmo sin igual, el temperamento de los parajes que visitó. Detrás de él llegaron muchos extranjeros, sobre todo franceses, pero también ingleses, alemanes, suizos, suecos y españoles, cuya fiebre no era el oro de las minas sino el prodigio de esta geografía equinoccial: climas, aire, cielo, luz, lluvias, viento, mares, ríos, etc.

Un capítulo del libro, “La llegada de lo sublime”, se refiere a la ola romántica que se esparció desde Alemania a principios del siglo XIX con el poeta Hölderlin y con el geógrafo Humboldt; sobre todo, un encuentro, una pasión por la tierra como recién alumbrada, tan ignorada desde el Génesis, por Occidente y los pensadores europeos modernos. Lo *sublime*, en pintores como Caspar David Friedrich, se manifiesta cuando pinta al hombre minúsculo e insignificante, por lo que parece tragado por la naturaleza colosal, y se hace visible en Joseph Mallord William Turner en sus pinturas de avalanchas y tormentas marítimas (p. 80).

Para estos europeos cultos, lo más lejano, las Indias, resultó ser lo más cercano donde residía lo *sublime* acerca de lo cual habían teorizado. Por ejemplo, en el puente natural de Icononzo sobre el río Sumapaz, que fluye casi cien metros por debajo del puente, cuyo boceto y descripción hizo Humboldt (p. 119). O bien, lo sublime gravita en el puente, arco de piedra, a veinte metros sobre el río Mayo (p. 293). O bien, en la “Vista de la capilla de la Laja, tomada de la orilla derecha del río Guáitara” (p. 191), acuarela de Manuel María Paz que describe Santiago Pérez: “(...) descendiendo como por una espiral de piedra, de repente halla el viajero, en medio de peñascos y como labrada en piedra en el corazón de ellos, una capilla” (p. 190). En fin, tenemos un pálpito de lo sublime en el *Puente de cuerdas de La Plata*, grabado coloreado a mano y descrito por Gaspard-Théodore, conde de Mollien, en 1823 (p. 121), que ilustra además la portada del libro:

Esta manera de pasar produce espanto al principio, pues causa estremecimiento el verse suspendido sobre un abismo y asegurado con unas cuerdas que la lluvia pone tensas, dando la impresión de que van a reventarse; sin embargo

ARTE		RESEÑAS
<p>los accidentes nos [sic] suelen ser frecuentes. Las caballerías pasan a nado. (p. 120)</p> <p>Humboldt había intuido igual que Antonin Artaud, clarividentes, de qué estamos hechos y de cómo es absurdo pensarnos sin una relación vital y dinámica con los paisajes, los bosques, los animales, los ríos y las piedras. Verónica Uribe cita su obra, <i>Cuadros de la naturaleza</i> (p. 71), en un capítulo que le dedica al científico y artista:</p> <p>(...) las descripciones de la naturaleza nos impresionan tanto más vivamente cuanto más en armonía se hallan con las necesidades de nuestra sensibilidad; porque el mundo físico se refleja en lo más íntimo de nuestro ser con toda su verdad viviente. Cuánto da carácter individual a un paisaje: el contorno de las montañas que limitan el horizonte en un lejano indeciso, la oscuridad de los bosques de pino, el torrente que se escapa del centro de las selvas y se estrella con estrépito entre rocas suspendidas, cada una de estas cosas ha existido, en todo el tiempo, en misteriosa relación con la vida interior del hombre. (p. 71)</p> <p>A propósito de la acuarela de Carmelo Fernández, <i>Cabuya de Simacota (Provincia de Socorro)</i> (p. 169), Manuel Ancízar describe con algún detalle la tarabita, esta “máquina” o artefacto, fruto del ingenio de la “industria nativa” que ha sabido construir un dispositivo para cruzar ríos crecidos en invierno. Enumera los riesgos de pasar por una tarabita y termina anhelando, en 1850, que “dentro de poco las cabuyas quedarán [sic] relegadas al archivo de los recuerdos de nuestro antiguo atrasado industrial y social” (pp. 168-171).</p> <p>En la conclusión de la parte textual del libro aparece una crónica que hizo Salud Hernández Mora en 2012 para el periódico <i>El Mundo</i> de España, “Transporte de alto riesgo” o de cómo niños de nueve, siete y seis años cruzan el río Quebradón por medio de una tarabita construida por los vecinos del lugar, sin un puente por donde pasar al otro lado del río y asistir a la escuela en Iquira, municipio del Huila (pp. 112-113).</p> <p>El capítulo “Filosofía del puente”</p>	<p>trae una larga cita de una conferencia de Heidegger que nos parece vaga y tal vez no ayuda a una aprehensión filosófica del asunto, cuando se entiende el puente de una forma extensa, puente entre el pasado y el futuro, entre la vida y la muerte, entre lo natural y lo sobrenatural, entre el hombre y la máquina, entre el hombre y el animal, entre uno y el otro, etc. El filósofo Michel Serres escribió en 2006 <i>L'art des ponts</i>: a poco sea una buena referencia al respecto.</p> <p>La primera parte textual del libro termina con un puente tendido con gracia por la autora, una cuerda floja sobre el salto del Tequendama por la que cruzó el funámbulo canadiense Harry Warner, “el domingo 17, a las once de la mañana” de 1895, según el periódico <i>El Tiempo</i>, evento que quedó grabado en una hermosa fotografía de Henri Duperly (p. 111).</p> <p>Enhorabuena por este libro hecho con tanto gusto, tan bien editado: un gozo para los ojos y para el espíritu. Y que vengan otros sobre las tarabitas, fruto del ingenio indígena precolombino.</p> <p style="text-align: right;">Rodrigo Pérez G.</p>	